

Roma es mas que llevadera: se goza de la belleza de sus monumentos, del aseo de sus calles, de la hermosura de sus paseos, de las funciones de sus teatros, del adelanto que proporcionan sus elementos de arte y de todos los recursos que brinda la civilizacion llamada á su mayor altura.

Al llegar á la ciudad, he renovado mis visitas á los museos miétras me proporcionaba un buen estudio para continuar mis trabajos; he encontrado éste en el Vico de San Nicolás de Tolentino y mañana mismo comenzaré mis tareas.

Cuando tenga algunas cosas nuevas que contarte de Roma, te escribiré otra carta; por ahora te deseo salud y que seas muy feliz. Adios.

Roma, Junio 2 de 1872.

QUERIDA MARIA:

Como hace muchos meses que no recibes carta mia, creerás que me he muerto; pero por fortuna mia no ha sido así, porque entónces me habria privado para siempre de volver á tener el gusto de verte, así como de respirar de nuevo el ai e de mi querido país y de abrazar á todos mis amigos.

Cabalmente escribo esta carta con el principal objeto de noticiarte mi próxima salida de Roma para volver á México después de la ausencia de algunos

años y de referirte los últimos sucesos que he presenciado en el tiempo que ha durado mi segunda permanencia, aunque esto lo haré de una manera compendiada para no causarte.

Lo que te voy á contar no será de arte sino del nuevo orden de cosas recién establecido en Roma, que ha cambiado por completo el sér político y civil de la capital y de la mayor parte de Italia.

Los primeros actos del gobierno y las cámaras, fueron asegurar la independencia del pontífice, asignándole tres millones de pesos para los gastos de la Santa Sede, una gran parte del correo y el telégrafo para tener libre la comunicacion con el resto de la cristiandad y no sé cuántas franquicias mas. Pero Pío IX, de acuerdo con los cardenales, los jesuitas y el alto clero, rehusó abiertamente estas concesiones y garantías del gobierno italiano, y desde luego se ha declarado en abierta hostilidad con él, publicando de todas maneras que Víctor Manuel ha coar-

tado toda la libertad á la Iglesia, y á su pastor lo tiene prisionero.

Como estas aseveraciones salieron de Roma y la prensa ultramontana de todas las naciones las publicó en sus columnas, los pueblos han llegado á admitir que el pobre pontífice gime en la prision mas tiránica y no le es dado dar un paso fuera del Vaticano.

La prueba de esa fascinacion de los católicos por la noticia que recibieron por los periódicos, de la pretendida prision del papa, es, que inmediatamente comenzaron á organizar peregrinaciones en muchas ciudades para visitar á Pío IX y traerle el óbolo de San Pedro para aliviar su pobreza.

Positivamente, Pío IX está condenado, él tan salidor y que diariamente se le veia en las calles de la ciudad y en los paseos, á no salir fuera del quicio del palacio Vaticano; pero no es por la prohibicion que le haya impuesto el gobierno, que no tiene necesidad de ella, sino en mi concepto y en el de todos los que habitamos esta ciudad, por

que á los cardenales y á los que forman el gran cuerpo eclesiástico, les conviene poner en juego esta política, haciendo pasar por cautivo al papa, para excitar á los soberanos á que traieran una cruzada á Roma formando una coalición á fin de restaurar el poder temporal.

Este y no otro es el móvil que existe para vociferar por todo el mundo que Pío IX está prisionero.

Los pueblos piadosamente creen esta superchería y tengo noticia de que sus párrocos dirigen, junto con sus feligreses, preces á Dios por la libertad del pontífice; obligándolos á que se organicen en romerías y colecten el óbolo de San Pedro para socorrer á su pastor.

En varias épocas se han visto peregrinos que vienen de varias naciones y que le han traído al prisionero, diez, veinte y hasta setenta mil pesos, como le trajeron días pasados de Norte América.

Vamos, hasta los curas de las parroquias de Roma reúnen periódicamente

á sus feligreses para que vayan en romería al Vaticano, exigiendo de los proletarios y hasta de las infelices mujeres, que contribuyan con sus miserables bayocos para socorrer á Pío IX, á él que habita ese inmenso palacio y que es dueño de tantos millones.

Creelo, María, el escándalo que está pasando con el clero de Roma y con el de las demás naciones que están persuadidos del verdadero objeto que tiene la pretendida prisión del papa y que lo hacen víctima de un carnaval indigno, nos tiene coléricos é indispuestos á los que vemos de cerca esta farsa, con la que se engaña miserable é inicuamente á los pueblos.

Si el gobierno tuviera cautivo á Pío IX, con mas razon privaría de la libertad á Antonelli, á los demás ministros y á otros personajes de no muy honrosos antecedentes: pero á un pobre anciano inofensivo que no tiene enemigos, es hasta una candidez ridícula creerlo.

La prueba de que no hay tal prisión

de Pio IX por parte del gobierno y si por la de los cardenales, es: que cuando el pobre pontífice ha intentado dar sus paseos como lo tenia de costumbre, se han reunido aquellos en union de los jesuitas de mas nota, para deliberar si sería conveniente dejar salir al papa ó no. Una parte del consistorio ha estado por la afirmativa, conmovida seguramente de los sufrimientos y por la quebrantada salud del anciano; pero la mayoría, por llevar á cabo sus planes, ha sido muy despiadada y le ha negado la salida.

¿Qué prueba esta circunstancia?

Que los cardenales y los jesuitas son los que tienen preso al pontífice y no el gobierno italiano.

Que lo sepan los pueblos y no se dejen embaucar por mas tiempo.

Para manifestar al mundo católico que el papa no disfrutaba de verdadera libertad, muchas diócesis de Italia y aún de España, han estado acéfalas algun tiempo, hacian carecer á los fieles de sus pastores; hasta que en estos

últimos dias, cuando no se podia hacer otra cosa y que la vuelta del poder temporal se retardaba por la inercia de los soberanos de Europa en no conducir ejércitos coligados para restablecerlo, se decidieron los cardenales á proveer los obispados y entónces ya hubo libertad para que se reunieran en consistorio para consagrar cerca de cincuenta obispos que eran necesarios.

¡Y el papado carecia de libertad de accion, y las comunicaciones con la cristianidad le eran imposibles!

Hoy, á pesar de no existir el poder temporal de hecho, el papa conserva sus ministros, la guardia suiza y la policia secreta que ejerce gran vigilancia.... ó mejor dicho, se entera de los individuos que han tomado parte en el actual órden de cosas y ha formado y está formando largas listas para no olvidarlos.

Y esto ¿para qué?

En el dia del advenimiento de la reaccion se veria el objeto.

Como fué súbita la entrada á Roma

del ejército italiano, las oficinas del gobierno pontificio no pudieron ocultar á tiempo ciertos documentos que los comprometian, y el gobierno italiano, entre otros, halló en la curia romana el proceso que seguia á unos falsificadores de reliquias, que eran nada ménos que unos monseñores y un cardenal los que habian realizado grandes ganancias pasando por huesecitos de San Lorenzo, San Homobono, Santa Tecla, etc., etc., huesos de animales y otros, con su auténtica al canto; de modo que no será difícil que en el relicario que una vez me mostraste, haya alguna astilla de hueso de algun cuadrúpedo y te hayas encomendado á ella algunas veces.

Los italianos en el acto dieron publicidad á ese documento y yo conservo un cuaderno que lo contiene y el que te mostraré cuando regrese á México.

Debes pensar que en Roma, siendo la residencia del pontifice y estando en ella el candelero de la religion católica, no se telerarian otras sectas; así era

en efecto, con excepcion de una protestante, cuya iglesia está situada fuera de la puerta del Poppolo, perteneciente á los ingleses.

Preguntando yo que por qué era esta anomalía, me contestaron que porque esos extranjeros eran los que mas dinero dejaban en Roma, tanto por sus inmigraciones periódicas á esa ciudad, como porque hacian grandes limosnas al culto católico, y por esta causa los papas habian permitido el templo protestante únicamente á la nacion inglesa.

Despues de entrados los italianos á Roma, se establecieron multitud de sectas, especialmente evangélicas, que son las mas semejantes á la católica.

Como yo he sido muy aficionado á la literatura, especialmente á la oratoria, he solido concurrir algunas noches á ciertas iglesias evangélicas por oír predicar á algunos excelentes oradores, que son muy elocuentes; entre ellos el mas renombrado es Schiaroli, jóven aún, y su iglesia la mas concurrida.

Apenas haria tres meses de caido el

poder temporal, cuando se comenzaron á establecer las iglesias protestantes; y cuando yo llegué, habia ya multitud y bastante concurridas.

Me cuentan que al principio, el pueblo las apedreaba; pero intervino la policía y despues ese mismo pueblo las llenaba, y en este último período, muchas familias principales se inscriben en las nuevas sectas.

¡Qué contraste entre la Roma de los papas, intolerante, que habria confinado al destierro al romano que se hubiera atrevido á apostatar de su religion, con la Roma moderna que las tolera todas! Yo mismo me admiraba de este cambio en tan poco tiempo.

El ministro protestante Schiarelli, lanzó por los periódicos un desafio á los doctores católicos para que probaran, si podian, que San Pedro hubiera estado en Roma alguna vez siquiera, á pesar de su creencia en admitir que habia sido el sucesor de Cristo y cabeza de la iglesia.

Habian pasado algunos dias de esto,

y estando yo una noche oyendo predicar á Schiarelli, se presentó un clérigo joven con un papel que le entregó, en el que constaba que los doctores católicos admitian el desafio y que dentro de otro momento estarian allí para el efecto.

Positivamente, no bien habia terminado la lectura el ministro, se presentaron seis padies graves al parecer de polendas y tomaron asiento no lejos de la tribuna.

Al verlos Schiarelli y ellos manifestado el objeto á que se presentaban en aquel lugar, les dijo: "que le parecia desventajoso discutir uno contra seis, y mas cuando él estaba desprevenido en aquel momento: que él creia que la discusion debia entablarse con un número igual de individuos, con jueces que decidieran y en un lugar más público á fin de que la concurrencia que asistiera al acto, sacara provecho."

Esta contradiccion que seguramente no esperaban los doctores, los amostazó; pero contra razones tan perentorias

no opusieron objecion, y despues de manifestarles Schiarelli que por los periódicos se avisaria cuándo y dónde se verificaria el desafio, salieron los padres católicos mordiéndose los labios y tal vez echando pestes interiormente.

Como á los doce dias de esta escena, tuvo lugar la discusion en el palacio Tibertino con asistencia de dos mil personas, la mitad católicos y la mitad evangélicos y con la presidencia de cinco jueces que debian decidir quién era el que triunfaba.

La vispera de que se verificara el acto, lo supe y no pude conseguir boleto de entrada por mas que lo procuré: la discusion duró dos noches, y segun los periódicos, triunfaron los evangélicos, porque los católicos no pudieron probar que San Pedro habia estado una sola hora en Roma.

Tambien tengo el cuaderno de la discusion referida que igualmente leerás á mi vuelta.

Envalentonados los evangélicos con este triunfo, desafiaron por segunda vez

á los doctores católicos á que probaran que la silla que dicen ser de San Pedro, que se conserva en el baldoquin de bronce del altar mayor de la Basílica, lo era positivamente; que ellos (los protestantes) lo negaban.

Este segundo reto no tuvo efecto, porque Pío IX no quiso dar ya la licencia á los doctores, tal vez por temor de que volvieran á salir derrotados.....

Ahora sí, María; he terminado mi descripcion de Roma, y estando ya bastante avanzada la estacion del calor, es necesario apresurar mi salida de esta ciudad para emprender mi viaje para América porque no me gusta navegar en el invierno, pues los mares en esta época son mas peligrosos: pero ántes de salir de Europa, quiero dar una recorrida general á algunas de las ciudades de Italia, porque deseo conocerlas, pues todas poseen monumentos de arte y recuerdos de la antigüedad que me serán provechosos.

Mañana mismo salgo para Florencia, y al efecto voy á disponer todas

mis cosas, arreglar mi equipaje y despedirme de mis amigos.

Yo tambien me despido de ti hasta Florencia que te escribiré otra, dándote noticia de lo que haya visto.

Adios.

Llevo dos dias en esta ciudad encantadora, y su aspecto risueño y pintoresco corresponde perfectamente á las relaciones que me habian hecho de ella, mucho antes que viniera á Europa, además de lo que yo habia leido y las vistas que me han hecho conocer sus monumentos.

Paré en el hotel del Aguila de Oro, y como eran todavía las cuatro de la tarde cuando entré á la ciudad, despues de asearme un poco, tomé mi portante

MARIA APRECIABLE:

Florencia, Junio 5 de 1872.